

y pacíficos sepulcros
en que el mercado
cotiza la trivialidad
como el valor supremo
de nuestro paso por la vida.
Inútil esperanza del buey
y pájaro en el desierto.

Hoy
vuelvo a pensarte, Maestro,
en audaz retorno de amor y de fuego.
Me acojo a tu poesía,
fiel espejo del destino humano:
árbol de la conciencia
y memoria del corazón.
Me aferro a tu palabra,
inagotable y luminoso bien,
insobornable
como la muerte y el olvido.

Tiempo de ti

A María Zayas Saavedra

El frío
del oeste de Manhattan
me acercaba a tu cuerpo
de poesía joven.
La secular esquina
parecía enigmática
la calle
llena de pérdidas
y soledades.

Amábamos
los días vertiginosos

y sus encrucijadas
en la melancólica dureza
de los parques
y el urbano esplendor
de hielo y sombra.

La noche
se había hecho
primavera en tu piel
y como pájaros errantes
instalamos la vida
en la fugaz caricia
del sórdido viento
de la madrugada.

Desde entonces
el tiempo no da tregua
a mis desvelos.
Algo de ti
me trae la ciudad
bajo la espesa niebla
de la memoria.
Volver a ella
es caminar
por la distancia
de tus manos
hacia las mías.

El Hudson,
sin embargo,
sigue sin piedad
su curso.
Tal vez
sería otra
nuestra historia,
pero te sigo amando

en la agonía
de estas mismas calles
sin destino
y desde este acogedor
y terrible
solsticio de verano.
en la nube que llega a mi pestaña
empolvada de intentos.
Es tan fácil el odio del todo y de la nada,
del escorpión y el roedor:
es el canto, el desierto.
Ahmad observa entre el humo ardiente
a sus padres que explotan